

**Conferencia Episcopal Española
Comisión Episcopal del Clero**

**TESTIGOS Y MINISTROS DE UNA
MISERICORDIA QUE SANA**
*El sacerdote, ministro del Sacramento de la
reconciliación*

D. Alfonso Crespo

**Ponencia presentada en el
Encuentro de Delegados y Vicarios del Clero**

Madrid, 29 de Mayo 2008

TESTIGOS Y MINISTROS DE UNA MISERICORDIA QUE SANA

El sacerdote, ministro del Sacramento de la reconciliación

1. Las parábolas son el corazón de la predicación de Jesús.

1.1. Cristo, "parábola primordial" del Padre.

1.2. El Maestro se reviste de "buen samaritano":

- *"Maestro ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?"*
- *"¿Quién es mi prójimo?"*
- *"¡Vete y haz tú lo mismo!"*

2. El hombre actual, "despojado y herido", al borde del camino de la vida.

2.1. Un corazón herido: *"No comprendo mi proceder"*.

2.2. Las relaciones rotas:

- Ruptura de la filiación: *"seréis como Dios"*.
- De hermano a rival: *"se avergüenzan de su desnudez, se esconden"*.
- *"¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?"*

3. Los Sacramentos, parábola de la misericordia de Cristo.

3.1. Cristo, "sacramento del encuentro con Dios".

3.2. La Iglesia, "sacramento de Jesucristo":

- La Iglesia samaritana, "posada que cuida y cura las heridas".
- La Iglesia acoge y transmite la misericordia.
- Signos de misericordia: la cercanía a los necesitados y la acogida a los pecadores.

4. Ministros y beneficiarios del Sacramento de la Reconciliación.

4.1. Pedagogía de la reconciliación: Proponer la parábola del perdón.

4.2. El "sacerdote" acompaña el camino a la casa del Padre:

- Un gesto que se hace sacramento: curar las heridas, perdonar los pecados.
- Acogidos en la "comunidad vivificante de la Trinidad".
- Una última parábola: "La casa habitada".

5. Conclusión.

"Os daré pastores según mi corazón".

Comenzamos nuestra reflexión con una relectura de algunos pasajes del libro *Jesús de Nazaret* de Josef Ratzinger, Benedicto XVI. En concreto nos vamos a dejar llevar por sus reflexiones en torno al mensaje de las parábolas.

1. Las parábolas son el corazón de la predicación de Jesús

El Papa comienza el capítulo séptimo de su Libro con estas bellas palabras: *“Las parábolas son indudablemente el corazón de la predicación de Jesús... Siempre nos llegan al corazón con su frescura y su humanidad... En las parábolas sentimos inmediatamente la cercanía de Jesús, cómo vivía y enseñaba. Pero al mismo tiempo nos ocurre lo mismo que a sus contemporáneos y a sus discípulos: debemos preguntarle una y otra vez qué nos quiere decir con cada una de las parábolas (Cf. Mc 4,10). El esfuerzo por entender correctamente las parábolas ha sido constante en toda la historia de la Iglesia...”*¹

¿Qué es una parábola? ¿Qué pretende quien las narra? Nos dice el Papa: *“cada maestro que quiere transmitir nuevos conocimientos a sus oyentes, recurrirá alguna vez al ejemplo, a la parábola... Mediante la comparación, acerca lo que se encuentra lejos, de forma que a través del puente de la parábola lleguen a lo que hasta entonces era desconocido”*². Se trata de un movimiento doble: por un lado, la parábola acerca lo que está lejos a los que la escuchan y meditan en ella; por otro, la fuerza interna de la parábola invita al oyente a salir de sí mismo para comprender lo que se nos dice: el que oye la parábola no sólo recibe una enseñanza, sino que debe ponerla en práctica, “ponerse en camino con ella”.

Puede darse, también y por desgracia, que no se quiera responder con el movimiento que la parábola exige. Es lo que quiere decir Jesús cuando denuncia: *“miran y no ven, oyen y no entienden...”*

Como dice el Papa, en las parábolas Jesús no quiere transmitir unos conocimientos abstractos, sino que nos quiere guiar, a través de imágenes cotidianas, al misterio de Dios: *“Nos muestra a Dios, no un Dios abstracto, sino el Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano. A través de las cosas ordinarias nos muestra quiénes somos y qué debemos hacer en consecuencia; nos trasmite un conocimiento que nos compromete, que no solo nos trae nuevos conocimientos, sino que cambia nuestras vidas. Es un conocimiento que nos trae un regalo: **Dios está en camino hacia ti**. Pero es también un conocimiento que plantea una exigencia: **Cree y déjate guiar por la fe**”*³.

El contacto con las parábolas nos acerca al rostro de Dios; leyendo las parábolas para nosotros Dios se reviste de calidades profundamente cercanas: es “el Padre del hijo pródigo”; “quien hace justicia al pobre Lázaro”; “el samaritano que cura” y “el pastor que arroja sobre sus hombros a la oveja perdida”.

El conocimiento de las parábolas no puede quedarse en las meras ideas sino que arrastra a todo el sujeto y le lleva al camino de la conversión.

1 BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, pág. 223

2 Ibid., pág. 232

3 Ibid., pág. 233

1.1. Cristo, “parábola primordial” del Padre

Decía Benedicto XVI que, mediante la parábola, Jesús nos acerca lo que se encontraba lejos, de forma que a través del puente de la parábola lleguemos a lo que hasta entonces era desconocido, adentrándonos, así, en el conocimiento del misterio.

Siguiendo esta línea de reflexión podríamos presentar a Cristo como la parábola definitiva de Dios. Dios acorta la distancia con el hombre, acercándose a su conocimiento a través de la encarnación de su Hijo. Jesucristo acorta la distancia entre Dios el hombre y sirve de puente para acercarnos a su misterio. Aunque nos ha hablado con diversidad de formas, en su Hijo nos lo dicho todo, de forma definitiva. Así, lo expresa la Carta a los Hebreos: *“De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo”* (Hb 1,1-2). Y así, lo ha entendido y lo ha cantado nuestra mejor mística: *“Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que esto? Pon los ojos sólo en él, porque en él te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas”*⁴.

Cristo no sólo nos enseñó con parábolas, sino que él, la Palabra definitiva del Padre, se hace parábola germinal que nos enseña con su modo de actuar cómo orientar nuestra vida para que sea agradable al Padre.

1.2. El Maestro se reviste de “buen samaritano”

Lucas, como todo evangelista, nos expone la salvación de Jesús y nos invita a seguir sus pasos. Pero Lucas, nos resalta, especialmente, el rostro de la ternura y la misericordia de Dios. Sus parábolas transparentan especialmente la misericordia.

El Papa comenta en su libro tres parábolas narradas en el evangelio de Lucas; son parábolas que tocan el corazón con especial delicadeza: la del “buen samaritano” (Lc 10,25-37), la del Padre bueno y los dos hermanos, también llamada del “hijo pródigo” (Lc 15,11-32), y la del “rico Epulón y el pobre Lázaro” (Lc 16,19-32). Nos detenemos en comentar la primera: la parábola del “buen samaritano”.

Maestro ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Comenta Benedicto XVI que *“en el centro de la historia del buen samaritano se plantea la pregunta fundamental del hombre. Es un doctor de la Ley, por tanto un maestro de la exégesis quien la plantea al Señor: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”*⁵. El doctor de la Ley pregunta a aquel Maestro popular de Nazaret, pero sin estudios reconocidos.

En el fondo se trata de la pregunta primordial que expresa el deseo de todo corazón: ¿cómo salvarme? Jesús remite a aquel experto en la Escritura, a que él mismo busque la respuesta: ¿qué dice la Escritura? Y aquel erudito curioso le responde con sabiduría: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas*

⁴ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, Libro 2, 22.5

⁵ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, o.c., pág. 235

tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27). Respuesta correcta, le dirá Jesús.

¿Quién es mi prójimo?

Pero aquel hombre quiere llegar más al fondo y pregunta sobre su aplicación en la práctica: “Y ¿quién es el prójimo?” Si Jesús le hubiese dicho que respondiera desde su sabiduría, le habría contestado: según la Escritura el prójimo sería “el connatural, el paisano... el que es de mi familia”; no se consideraba prójimo ni al extranjero ni al samaritano, que eran tenidos por paganos o herejes.

Sin embargo, es el mismo Jesús quien responde a esta pregunta tan concreta - ¿quién es mi prójimo?- con una parábola.

Cuenta como un hombre que, iba por el camino de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos que lo saquearon y golpearon, abandonándole medio muerto al borde del camino. Es una historia realista. El relato nos dice que el sacerdote y el levita pasan de largo... y que llega un samaritano, esto es, alguien que no pertenecía a la comunidad de Israel y que no estaba obligado a ver en la persona asaltada por los bandidos a su “prójimo”. ¿Qué hace el samaritano? No se pregunta sobre cuál es su obligación o hasta dónde llega... ni si va a ganar la vida eterna al hacer aquello; ocurre algo muy diferente: “se le rompe el corazón”. El Evangelio emplea una expresión muy rica: “se le conmovieron las entrañas” en lo profundo del alma, al ver el estado en que había quedado ese hombre (hoy traducimos más suavemente, “sintió lástima”) y él mismo se convirtió en prójimo. *“Por tanto, aquí la pregunta cambia: no se trata de establecer quién sea o no mi prójimo entre los demás. Se trata de mí mismo. Yo tengo que convertirme en prójimo, de forma que el otro cuente para mí tanto como yo mismo”*.

Al preguntar Jesús al doctor de la Ley ¿quién de los tres fue el prójimo? la respuesta adecuada no sería señalar al samaritano. Pero Jesús, con la parábola, da la vuelta a la pregunta y, como dice el Papa: *“el samaritano, el forastero, se hace él mismo prójimo y me muestra que yo, en lo íntimo de mí mismo, debo aprender desde dentro a ser prójimo... Tengo que llegar a ser una persona que ama, una persona de corazón abierto que se conmueve ante la necesidad del otro. Entonces encontraré a mi prójimo, o mejor dicho, será él quien me encuentre”* ⁶.

La primera enseñanza de la parábola es mostrarnos una nueva forma de amar. No es el llamado amor “político”: “te doy para que tú me des”; sino un amor de “ágape” ⁷ un amor basado en la desigualdad: “doy al que no puede devolverme... al desvalido, al anónimo”. Se muestra así una nueva universalidad: soy prójimo de todos y cada uno sea de la condición que sea.

¡Vete y haz tú lo mismo!

¿Qué nos puede enseñar hoy la parábola? Jesús despide al que le pregunta con una recomendación: *¡Vete y haz tú lo mismo!* Hoy, hay muchos pueblos y personas

⁶ Ibid., pág. 338

⁷ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 6: “Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca”.

tiradas en el borde del camino: despojadas y malheridas por la vida. A veces, bien vestidos o disimulados con el traje del abandono familiar, de la enfermedad, de la depresión, de la soledad... Tenemos que tener el valor de descubrir las nuevas pobreza y ser "prójimo de quien me necesita".

Pero, existe también el riesgo de simplemente ser el prójimo de lo material, de "dar cosas" e incluso excusarme diciendo "yo no tengo mucho que dar, estoy para que me den y no llego a fin de mes". Si damos sólo lo material damos mucho, pero no damos lo esencial. Y ¿qué es lo esencial?⁸

Veamos la parábola con otros ojos. Así lo vieron algunos de los Padres de la Iglesia: el hombre que yace al borde del camino es una imagen de Adán, del hombre de todos los tiempos (tú y yo también), atrapado por el pecado y que ha sido despojado de la gracia; el hombre moderno que se ha olvidado de Dios, que vive como si Dios no existiera...; el sacerdote y el levita, que representan la cultura, el saber... no pueden curar; sólo el samaritano que se le acerca, imagen de Cristo, es el auténtico buen samaritano, el que se acerca a cada hombre y cada mujer, le acoge y le salva. Así lo describe el Papa: "*Dios, el lejano, en Jesucristo se convierte en prójimo. Cura con aceite y vino nuestras heridas –en lo que se ha visto una imagen del don salvífico de los sacramentos- y nos lleva a la posada, la Iglesia, en la que dispone que nos cuiden y donde anticipa lo necesario para costear esos cuidados*"⁹. Jesús es mi buen samaritano.

En el fondo, la parábola del buen samaritano es una lección sobre el amor: todos estamos necesitados de recibir el amor salvador... ¡sólo el amor cura y salva! Necesitamos siempre a Dios, que se convierte en nuestro prójimo, para que nosotros podamos a su vez ser prójimos. Todos necesitamos ser "sanados y curados". Pero acto seguido, cada uno debe convertirse en samaritano: seguir a Cristo y hacerse como Él, que "nos amó primero" (Cf. 1Jn 4,19)

2. El hombre actual, "despojado y herido", al borde del camino de la vida

Comentando el Papa, en su libro, la parábola desde un punto de vista cristológico, siguiendo a los Padres de la iglesia, nos deja esta reflexión: "*Los Padres vieron la parábola en la perspectiva de la historia universal: el hombre que yace medio muerto y saqueado al borde del camino, ¿no es una imagen de Adán, del hombre general, que ha caído en manos de unos ladrones? ¿No es cierto que el hombre, la criatura hombre, ha sido alienado, maltratado, explotado, a lo largo de toda su historia?... La teología medieval interpretó las dos indicaciones de la parábola sobre el estado del hombre herido como afirmaciones antropológicas fundamentales. De la víctima del asalto se dice, por un lado, que había sido despojado (**spoliatus**) y, por otro, que había sido golpeado hasta quedar medio muerto (**vulneratus**: Cf. Lc 10,30). Los escolásticos lo relacionaron con la doble dimensión de la alienación del hombre. Decían que fue spoliatus supernaturalibus y vulneratus in naturalibus: despojado del esplendor de la gracia sobrenatural, recibida como don, y herido en su naturaleza... es un intento de precisar los dos tipos de daño que pesan sobre la humanidad.*

⁸ ID., *Jesús de Nazaret*, o.c., pág. 239

⁹ Ibid., pág. 242

*El camino de Jerusalén a Jericó aparece, pues, como imagen de la historia universal; el hombre que yace medio muerto al borde del camino es imagen de la humanidad”*¹⁰.

2.1. Un corazón herido: “No comprendo mi proceder”

Esta herida interior, la expresa Pablo con especial dramatismo: *“realmente, no comprendo mi proceder, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco”* (Rm 7,15). Este grito que expresaba la situación interior que vivía San Pablo, puede salir también de nuestros propios labios. Con frecuencia somos conscientes de la división y la contradicción que se vive dentro de nosotros: queremos y no queremos, deseamos y rehusamos, buscamos la verdad y nos quedamos en la mentira; aspiramos a amar sin fisuras y con limpieza, y nos sorprendemos a nosotros mismos agrediendo, hiriendo y haciendo daño, incluso a las personas que decimos amar.

Y lo que percibimos en nuestro interior también lo descubrimos a nuestro alrededor. La humanidad entera está desgarrada: conviven los grandes gestos de generosidad y solidaridad con las guerras y hostilidades más destructivas; junto a la belleza de la solidaridad el horror del hambre; junto a los inmensos avances de la ciencia en favor de la vida, las fuerzas tenebrosas que empujan a acortarla en su inicio (aborto) o en su final (eutanasia). Es verdad que muchas veces no somos responsables directos de estas situaciones, pero todos estamos envueltos en esa inmensa ambigüedad humana que se extiende desde lo más íntimo de nosotros mismos hasta el más lejano rincón del mundo.

Intentamos descubrir el origen del mal, de la desgracia o del pecado. Escrutamos en nuestra propia historia y en la historia de la humanidad, y siempre encontramos esa ambigüedad y división original, ese combate entre las fuerzas de la vida y las de la muerte, entre las tinieblas y la luz, entre la verdad y la mentira.

Este mismo deseo de conocer el por qué de esta situación puso a los hombres que escribieron la Biblia de cara a Dios e, inspirados por El, nos dejaron una honda meditación sobre esta historia, desde sus orígenes. Esta historia, narrada como Historia de Salvación, nos descubre que al inicio no está ni el mal ni el pecado. Al principio está el gesto creador de Dios, que pone al hombre en el mundo y le confía su cuidado: un gesto de amor del que el primero que queda satisfecho es el propio Dios: *“Y vio Dios que era bueno”* (Gn 1,10.12.18.21.25.31).

2.2. Las relaciones rotas

Pero más tarde aparece el tentador, representado en la serpiente, que no es ni el hombre ni Dios y que viene a perturbar la buena relación original entre Dios y Adán y Eva. Entre Dios y todo hombre representado en ellos.

Ruptura de la filiación: “seréis como Dios”

¹⁰ Ibid., págs. 240-241

“Seréis como Dios”: ésta es la oferta tentadora que le hace el maligno a aquellos primeros seres (Cf. Gn 2,3-7). Ellos que son criaturas, sufren así la tentación de querer ser su propio Creador. Les resulta atrayente y tentador ser ellos su propia fuente, su propio origen; que todo dependa de ellos, conocerlo todo, tener la clave de todo. “El árbol del conocimiento del bien y del mal” es precisamente el único de cuyos frutos Dios les ha prohibido comer. Porque sólo Él, que es el origen de todo, es capaz de poseer el verdadero conocimiento.

Sin embargo, el árbol del conocimiento “es atractivo a la vista”. Ahí comienza la mentira. Lo que mucho más tarde el lenguaje cristiano llamó “pecado original” es la mentira original, el engaño y la mentira que pretende hacernos olvidar que no somos Dios. Todo arranca de ahí. Nuestra condición humana al autocontemplarse se llena de soberbia: descubrimos en nuestras manos mil capacidades de amor, de libertad, de creatividad. Pero nuestra mirada se enturbia: sentimos la tentación de creer que, si lo tenemos todo, es señal de que todo viene de nosotros. Por eso, se definía clásicamente el pecado (Sto. Tomás) como una “aversión a Dios y conversión a sus criaturas”.

La verdad, en cambio, consiste en reconocer que somos, ante todo, criaturas: no somos Dios. Y desde este profundo convencimiento, comienza a brotar la fe, porque nos ponemos a la escucha de Otro. Pero sólo podemos ponernos en esa postura si denunciamos la mentira original; y sólo podemos denunciarla si antes aceptamos reconocerla arraigada en nuestro propio corazón. Es la experiencia de sentir en nosotros esa influencia sutil y terrible del pecado.

De hermano a rival: “se avergüenzan de su desnudez, se esconden...”

De la primera mentira –“seréis como dioses”- nace toda la cadena de mentiras posteriores.

Al situarnos como rivales de Dios, rompemos la armonía inicial: “estar con Dios y hablar con El como amigos”. Y comienzan todos los infortunios.

El primero de ellos, **la pérdida de la armonía consigo mismo**. El ser humano está como desorientado, exiliado de lo más auténtico de sí mismo. Adán y Eva, después de desobedecer, con la esperanza de llegar a ser como Dios, “comienzan a avergonzarse de su desnudez, se esconden de si mismos” (Cf. Gn 2,8-21). Ya no pueden ser ellos mismos sin turbarse. Empiezan a tener miedo de Dios, que, sin embargo, los ha creado con amor. Su armonía con ellos mismos les venía de su armonía con Dios. Pero tal armonía ha degenerado en mala conciencia

Rota la armonía con Dios, que es el origen de la paz y la armonía consigo mismo, nace la rivalidad. **Se rompe la armonía de las relaciones humanas**. No somos capaces de acoger a los demás con un amor limpio y con absoluto respeto. Siempre se mezcla la búsqueda de nosotros mismos: en forma de necesidad de dominar, de lucha por sobresalir, de tener la razón, de ser más que el otro...

En la Biblia, después de la desobediencia de Adán y Eva, la primera gran tragedia humana es el asesinato de Abel por Caín. El homicidio del hermano es, en plena lógica, el

engendro propio de la mentira. La relación está herida. Y se va convirtiendo en envidia, odio, rivalidad, guerra, maldad, injusticia...¹¹

Podemos “asesinar” con una simple mirada o un simple gesto: despreciando o negando al hermano en lo que constituye el centro de su vida. También nosotros podemos haber sido despreciados y asesinados de esa misma forma. Se trata, efectivamente, de una muerte, aunque no sea física; y de “una doble muerte”, porque también quien mata queda muerto a la verdadera vida.

Los dos grandes mandamientos del cristiano, denuncian también dos pecados que casi siempre van unidos: el rechazo del hermano dimana directamente del rechazo de Dios, y a la vez la aceptación y amor al hermano es un signo de que hemos vuelto de la muerte a la vida *“nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos”* (1Jn 3,14).

“¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?”

Y en nuestro interior surge el anhelo: ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Cómo librarnos de tal condición, si es que hay alguna posibilidad de hacerlo? Desgarrados entre la esperanza y la desesperación, esperando contra toda esperanza que haya una salida, también podemos gritar de nuevo con el apóstol *¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?* (Rm 7,24).

3. Los Sacramentos, parábola de la misericordia de Cristo

Todo es bueno. Pero todo está herido y espera ser curado. Pero no sería cristiano vivir en la amargura por esta experiencia profunda de pecado. No hay que soñar con un paraíso perdido. Hay motivo incluso para “alegrarse”, porque es en esta misma ambigüedad, en este pecado, donde Dios sale a nuestro encuentro: *“Feliz culpa que mereció tal Redentor”*.

Dios ha querido comunicarse con nosotros con nuestro mismo lenguaje: a través de gestos y de palabras, a través de signos; y actuar a favor nuestro para darnos su vida y traernos la salvación eterna.

Después de un largo tiempo preparatorio, Dios se acercó a nosotros por medio de su Hijo Jesucristo hecho hombre. Jesucristo es *“el gran sacramento”*: viéndole a Él vemos al Padre. En Él encontramos a Dios y Dios se encuentra con nosotros; en Él y por Él Dios actúa a favor nuestro, a favor de nuestra salvación.

La muerte de Jesucristo ha puesto fin a esa presencia visible de Dios entre nosotros, pero no a su presencia real. Resucitado de entre los muertos, está presente por el Espíritu Santo en la Iglesia. Ésta es, ahora, el “sacramento” de Cristo resucitado entre nosotros. De un modo particular es el lugar en el que encontramos a Dios y Él se encuentra con nosotros.

¹¹ También queda herida la **relación con la naturaleza**, con las cosas, medio ambiente, relación con el trabajo...

Por eso, la Iglesia se realiza de forma muy particular en la celebración de los sacramentos¹².

3.1. Cristo “sacramento del encuentro con Dios”

El don de la reconciliación nos ha sido dado en Jesucristo: Es un don superior a cuanto hubiéramos podido imaginar.

Jesús mismo, el Hijo de Dios, es nuestra reconciliación: *“Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo”* (Jn 3,6). Y ahí está como uno de nosotros: *“se hizo semejante en todo a los hombres. No se aferró a su categoría de Dios... Fue reconocido como uno de tantos”* (Flp 2,5-7). Dios se ha identificado con el ser humano en todo, *“menos en el pecado”* (Hb 4,15).

Descubrimos en Jesús un amor tan extraordinario que trastoca por completo nuestros modos de ver las cosas. Su amor no pone condiciones. Parece incluso que Jesús muestra mayor ternura cuando trata a personas despectivamente encasilladas en la categoría de los “pecadores”: la mujer adúltera, la prostituta, el recaudador deshonesto... Esta plena solidaridad de Jesús, el Hijo de Dios con todos los hombres la va a llevar *“hasta el extremo”* (Jn 13,1), pues por ella va a morir. Consecuente a la lógica del amor, morirá por amor.

Y quien muere por amor, será resucitado por el Padre, culminando así definitivamente su obra de reconciliación. La Resurrección es el restablecimiento de todas las cosas en su verdad, que no es otra que la de estar orientadas hacia Dios. En ella todo queda reconciliado. La Resurrección muestra la impotencia del pecado para hacer desfallecer al amor de Dios. Por la Resurrección sabemos que ese amor se extiende a todos los tiempos, antes y después de Cristo, y abarca a todos los hombres, sean cuales sean sus creencias y sea cual sea su pecado.

Comienza así para nosotros una vida nueva. Esta victoria de Cristo sobre la muerte es un don compartido con toda la humanidad. Con él, también nosotros hemos pasado de la muerte a la vida, del pecado a la gracia. Por eso san Pablo afirma que *“somos muertos que han vuelto a la vida”* (Rom 6,13).

Por ello, a partir de la Resurrección, nuestra mirada sobre la condición humana se transforma: el ser humano, visto desde Cristo, es más un ser salvado que un pecador. El Dios que nos creó es el que nos ha unido, desde siempre, a la Resurrección de su Hijo. Lo primero es la reconciliación. Cuando concedemos al pecado el primer lugar, estamos negando, de hecho, la Resurrección de Cristo y sus efectos en nosotros: *“Hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos, por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva”* (Rm 6,4).

12 Desde luego que la Iglesia no es el único lugar donde podemos encontrar a Dios. Él está también presente en el pobre, en el necesitado... según aquellas palabras del mismo Jesús: *“Cuanto hicisteis (o dejasteis de hacer) con uno de estos mis hermanos pequeños, conmigo lo hicisteis”* (Mt 25,40). Pero una presencia muy especial, un modo privilegiado de la presencia de Dios entre nosotros tiene lugar en la celebración de los sacramentos, que culminan en la Eucaristía: Cf. SC, 7-10; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1116

Sin embargo, tenemos que acceder a lo que ya nos ha sido dado desde el comienzo de forma progresiva. La reconciliación nos ha sido dada, pero tiene que recorrer su camino y hacernos sintonizar con ella poco a poco. Nuestras resistencias, nuestros pecados, son la señal de que esa transformación no está consumada, de que todavía no nos hemos adaptado a la verdadera vida en Cristo. Aun estando salvados, seguimos siendo pecadores.

El sacramento de la Penitencia nos recuerda, etapa a etapa, que estamos a la vez ya reconciliados y en vías de reconciliación. Es una invitación a esa conversión continua a la que estamos llamados y de la que estamos necesitados.¹³

3.2. La Iglesia “sacramento de Jesucristo”

Decía De Lubac que “la Iglesia es el sacramento de Jesucristo al igual que Jesucristo es, en su humanidad, el sacramento de Dios”. Esta afirmación recoge una sólida doctrina rubricada en muchos pasajes por el Concilio Vaticano II¹⁴. Antes que los siete sacramentos, la Iglesia misma es un gran sacramento. Ella es “el sacramento original”.¹⁵

Explicitemos esta afirmación, con un comentario de J. M. Uriarte: “La Iglesia es el Cuerpo que hace visible y presente a Cristo en la historia. Porque es *cuerpo* podemos percibirlo en sus miembros, en sus responsables, en su estructura, en sus actividades, en sus celebraciones. Porque es cuerpo de *Cristo*, el Señor ofrece a través de ella, por la acción del Espíritu Santo, el consuelo de la Palabra de Dios, el Pan que fortalece a los débiles y el Perdón que sana a los pecadores; es decir: ofrece su misericordia. La Iglesia es el órgano en el que Cristo, Amor misericordioso del Padre se hace visible y activo para todos los tiempos y lugares. En otras palabras: la Iglesia es sacramento de la misericordia de Cristo”.¹⁶

La Iglesia samaritana, “posada que cuida y cura las heridas”

Ciertamente la Iglesia no es el órgano exclusivo de la misericordia de Cristo¹⁷. Ella actúa también fuera de los límites de la Iglesia. “*Pero la Iglesia es aquella porción de la humanidad que, por la acción del Espíritu Santo, reconoce claramente, anuncia explícitamente, celebra sacramentalmente, practica personal y comunitariamente y pide humildemente la misericordia de Dios*”.¹⁸

La Iglesia está implicada en la parábola de la misericordia. Como nos señala el Papa, el mismo Jesucristo, que se convierte en nuestro prójimo y cuida con el bálsamo de

13 Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 2-3

14 *LG*, 9 y 46; *GS*, 45; *SC*, 5

15 Cf. SEMMELROTH O., *La Iglesia como sacramento original*. San Sebastián 1963, págs.35-56. Hacemos referencia a la cita en: URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*. Carta Pastoral, Zamora 1995, 51

16 URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., págs. 51 y ss.

17 *GS*, 22

18 URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., pág. 52

los sacramentos nuestras heridas, ha querido confiarnos a su Iglesia para que continúe esta labor de curación con los hombres de todos los tiempos; por ello, *“nos lleva a la posada, la Iglesia, en la que dispone que nos cuiden y donde anticipa lo necesario para costear esos cuidados”*.¹⁹

Cristo encomendó a su Iglesia el cuidado sobre sus hijos. Por ello, nos dice el Catecismo: *“Cristo, médico del alma y del cuerpo, instituyó los sacramentos de la Penitencia y de la Unción de los enfermos, porque la vida nueva que nos fue dada por Él en los sacramentos de la iniciación cristiana, puede debilitarse y perderse para siempre a causa del pecado. Por ello, Cristo ha querido que la Iglesia continuase su obra de curación y de salvación mediante estos dos sacramentos”*²⁰.

Una Iglesia que acoge y transmite la misericordia

“El origen de la misericordia es Dios mismo; a la Iglesia le corresponde *acogerla*. Pero la misericordia no es un bien exclusivo para la Iglesia; es, por tanto, misión de la Iglesia *transmitir la misericordia*. Pero la Iglesia no puede ni acoger con verdad ni transmitir con autoridad la misericordia de Dios si no la *práctica*”.²¹

La comunidad cristiana *necesita* la misericordia de Dios. El paso por la historia suele arrastrar adherencias de pecado. La atmósfera social en que vivimos influye y le transmite también criterios y actitudes poco evangélicas. Son pecados que encontramos con frecuencia en todos los niveles de la comunidad cristiana. La Iglesia, “santa y necesitada de purificación”²², no puede prescindir de la misericordia de Dios.

Es vital para la comunidad cristiana experimentar, siempre en la oscuridad de la fe, esta misericordia. “Una Iglesia que no se sienta acogida, perdonada, fortalecida por la misericordia exigente e indulgente de Dios será por fuerza excesivamente intransigente con la debilidad humana o sospechosamente complaciente con ella. La comunidad cristiana ha de pedir para sí misma la gracia inestimable de sentirse acogida y perdonada por Dios”.²³

Signos de misericordia: cercanía a los necesitados y acogida a los pecadores

La Iglesia no sólo debe acoger la misericordia sino transmitirla. Como nos recuerda *Dives in misericordia*: *“Es preciso que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión”*²⁴. La Iglesia está llamada a ser en el mundo el sacramento de la misericordia de Dios. Nacida de la misericordia de Dios y destinada a transmitirla, la Iglesia lleva en su mismo ser la marca de la misericordia.

19 BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, o.c., pág. 223

20 *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*, n. 295

21 Cf. URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., págs. 55-62. Comentamos el texto citado.

22 *LG*, 8

23 URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., pág. 56

24 Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 12

Dos son las grandes áreas de la misericordia de la Iglesia: la presencia afectiva y efectiva junto a los sufrientes y necesitados y la acogida a los pecadores.

La cercanía a los necesitados

Podemos preguntarnos: ¿Es socialmente perceptible que la Iglesia está junto a los pobres y necesitados? Los marginados ¿perciben esta cercanía de la Iglesia?

Muchos analistas objetivos llegan a afirmar que la Iglesia es hoy, en nuestra sociedad, la institución más cercana a los marginados y a sus problemas humanos y sociales. Estas valoraciones nos alegran, pero debemos afirmar que en este campo, aún estamos necesitados de conversión. La misericordia es una tarea de todo el organismo de la Iglesia, no un quehacer exclusivo de algunos de sus órganos especializados como Caritas. Ellos tienen precisamente la misión de despertar, con su testimonio, la vocación universal de la Iglesia a la misericordia y la caridad.

La acogida a los pecadores

Dicen de nuestra sociedad que es excesivamente complaciente con el pecado y excesivamente intransigente con los culpables. La Iglesia no puede ser complaciente con el pecado, pero tampoco intransigente con los pecadores²⁵. **La Iglesia tiene que ser firme y neta ante el pecado propio y ajeno.**

Pero la Iglesia está llamada a la misericordia con los pecadores. No sólo en el sacramento de la Penitencia, sino también en su conducta de acogida a toda clase de pecadores. Ciertamente, no puede decir, en aras de una misericordia miope, que "basta con la buena intención". No puede admitir a los sacramentos a quienes no están dispuestos a rectificar su conducta.

Pero, al tiempo como madre misericordiosa de sus hijos debe entender con la mente y el corazón las circunstancias que inducen fuertemente a muchos cristianos ocasiones para un verdadero retorno. Debe ser sensible a los dramas morales y espirituales que estas dificultades suscitan en muchas conciencias creyentes. Debe acompañar a estos miembros débiles del Cuerpo de Cristo, tratarlos con asiduidad y cuidado, alimentar en ellos el sentimiento de que siguen perteneciendo a la comunidad, invitarles a orar y a asistir a la

25 "En una sociedad que envuelve en expresiones eufemísticas tantos y tan graves pecados personales y sociales y llama al aborto "interrupción del embarazo", al enriquecimiento injusto "habilidad en los negocios", a la ambición política "dignidad profesional", al consumismo "calidad de vida", al individualismo "actitud pragmática", a la desvergüenza sexual "superación de tabúes", a la calumnia pública "agilidad periodística"... sería vergonzoso que la Iglesia enmascarara los pecados o adoptara ante ellos un silencio cómodo y acomplejado": Cf. URIARTE, *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., pág. 61

Eucaristía y a otros encuentros eclesiales, exhortarles a que sean fieles a Dios aun a costa de grandes rupturas y sacrificios ²⁶.

Practicando la misericordia con los pecadores, imitará la Iglesia al Buen Pastor que tanto arriesgó por la última de sus ovejas (Cf. Lc 15,1-10) ²⁷.

4. Ministros y beneficiarios del Sacramento de la Reconciliación

La Iglesia celebra la misericordia de Dios de manera eminente en los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía y de manera específica en el de la Reconciliación. En él se nos ofrece la misericordia divina, ante todo, en forma de perdón. El perdón recibido en el sacramento es “fuente y cumbre de todo perdón” ²⁸.

Celebrar es, en lenguaje de la Iglesia, una expresión cargada de sentido. La celebración de la Penitencia es, ante todo, acción de Cristo que, a través de la Palabra y el Gesto, hace presente la misericordia del Padre perdonando a los pecadores. Pero es, al mismo tiempo, acción de la Iglesia que hace visible la acción de Cristo y transmite su perdón a los penitentes, al tiempo que acompaña a éstos en su conversión y pide con ellos y para ellos el perdón de Dios ²⁹.

El perdón de Dios se nos da explícitamente en la Iglesia y a través del ministerio sacerdotal, que es primordialmente ministerio de la reconciliación.

El presbítero, quién además de recibir el perdón tiene como ministerio el ofrecerlo, en nombre de Cristo y en la Iglesia, se torna por doble motivo testigo del perdón. El ministro se convierte en testigo del perdón recibido y el ejercicio de su ministerio, en toda su amplitud, se hace sacramento de Cristo y, entre otras cosas, sacramento del perdón de Dios.

Con estas bellas palabras, expresaba su propia experiencia Mons. Bruno Forte, en una Carta Pastoral dirigida a sus diocesanos con motivo del nuevo curso pastoral: *“Hace años que me confieso con regularidad, varias veces al mes y con la alegría de hacerlo. La alegría nace del sentirme amado de modo nuevo por Dios, cada vez que su perdón me alcanza a través del sacerdote que me lo da en su nombre. Es la alegría que he visto muy a menudo en el rostro de quien venía a confesarse: no el fútil sentido de alivio de quien «ha vaciado el saco» (la confesión no es un desahogo psicológico ni un encuentro consolador, o no lo es principalmente), sino la paz de sentirse bien «dentro», tocados en el corazón por un amor que cura, que viene de arriba y nos transforma. Pedir con convicción el perdón, recibirlo con gratitud y darlo con*

26 Un signo de esta cercanía es la hermosa Carta Pastoral del Cardenal de Milán, “El Señor está cercano a los que tiene el corazón herido”, dirigida a los matrimonios irregulares o en dificultad. Cf. TETTAMANZI D., *Il Signore è vicino a chi ha il cuore ferito*. Milán, Epifania del Signore 2008

27 Cf. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, o.c., pág. 320 ss.

28 Cf. BOROBIÓ D., *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Artículo “Perdón”. Madrid 1993, pág. 1027

29 Cf. URIARTE J. M., *Acoger y ofrecer la misericordia*, o.c., pág. 58

*generosidad es fuente de una paz impagable: por ello, es justo y es hermoso confesarse”*³⁰.

4.1. Pedagogía de la reconciliación: proponer la parábola del perdón

“Jesús le preguntó: ¿Quieres curarte? El paralítico le contestó: Señor, no tengo a nadie... Jesús le dijo: Levántate y anda”. (Jn 5,6-8).

Hay preguntas que parecen superfluas. *¿Quieres curarte?* Jesús hace esta extraña pregunta a un paralítico que encuentra en su camino. *¿Qué enfermo no quiere ser curado?* Ninguno, desde luego. Sin embargo, *¿deseamos, vivamente, nosotros ser curados de esta herida? ¿Queremos realmente salvarnos?*

Podemos exponer una pedagogía del perdón. Querer curarnos de nuestras heridas, salir de nuestro pecado, presupone, al menos, tres disposiciones.

Primero: **"Reconocernos enfermos"**. Lo cual no es en absoluto obvio. Quizá estaríamos menos seguros de ello si ahondáramos un poco más en nuestro interior: cada uno de nosotros convive con la propia debilidad y por mucho que luego podamos desear hacer el bien, la fragilidad que nos caracteriza a todos, nos expone continuamente al riesgo de caer en la tentación. El Apóstol Pablo describió con precisión esta experiencia: *“Hay en mí el deseo del bien, pero no la capacidad de realizarlo; en efecto, yo no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”* (Rm 7,18). Es el conflicto interior del que nace la invocación: *“¿Quién me librá de este cuerpo que me lleva a la muerte?”* (Rm 7, 24).

A veces no queremos reconocer nuestra división interior. Negar esto sería mentirnos a nosotros mismos y esconder la cabeza. Ya lo expresó Jesús en el Evangelio en una parábola llena de un profundo conocimiento del interior del hombre: *“Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo se plantó y se puso a orar consigo mismo de esta manera: Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que gano. El publicano, en cambio, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; no hacía más que darse golpes de pecho diciendo: (Dios mío!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa a bien con Dios, y aquél no. Porque a todo el se encumbra lo abajarán, y al que se abaja lo encumbrarán”.* (Lc 18,10-14).

Es necesario reconocer nuestra condición de enfermos, de pecadores, para poder demandar y pedir con humildad, con golpes de pecho, la salud y la salvación.

Segundo: **"Aceptar que no podemos conseguirlo solos"**. Queremos curarnos, anhelamos salvarnos, pero es necesario aceptar que no lo podemos conseguir solos. Querríamos bastarnos a nosotros mismos, sin darnos cuenta de que precisamente en eso consiste la mentira original: ¿para qué tenemos necesidad de un salvador? Esta pregunta casi nunca aflora a nuestros labios, pero vivimos cada día como si el llevar nuestra vida a buen término o hacerla desembarcar en el fracaso dependiera exclusivamente de

30 FORTE B., *Confesarse, ¿por qué? La reconciliación y la belleza de Dios*. Carta Pastoral, Curso 2005-2006, 4

nosotros. Lo cual puede engendrar en nosotros sentimientos de endiosamiento o de autosuficiencia, aunque lo más frecuente es que dé lugar al desaliento y la desesperanza.

Por suerte, o por gracia, también en esa desesperanza podemos reconocer que necesitamos ser salvados por alguien distinto de nosotros mismos: Dios o cualquier otro. Quizá no lo sepamos, pero sí comprendemos que somos invitados a salir de nuestro aislamiento, de nuestra mortal cerrazón.

Querer sanar significa reconocer que tenemos necesidad de los cuidados de otro. Y decirlo con profunda sencillez. Así gritó el parálítico a Jesús cuando le pregunta si quiere curarse: *¡Señor, no tengo a nadie...!*

Esta exclamación llega hasta el seno maternal de la Iglesia y ésta se hace samaritana, ofreciendo el sacramento primordial de la misericordia al hombre herido por el pecado. *“Por ello, la Iglesia no se cansa de proponernos la gracia de este sacramento durante todo el camino de nuestra vida: a través de ella Jesús, verdadero médico celestial, se hace cargo de nuestros pecados y nos acompaña, continuando su obra de curación y de salvación. Como sucede en cada historia de amor, también la alianza con el Señor hay que renovarla sin descanso: la fidelidad es el empeño siempre nuevo del corazón que se entrega y acoge el amor que se le ofrece, hasta el día en que Dios será todo en todos”*.³¹

Tercero: **Que demos nuestro sí a nuestro verdadero deseo.** *¿Quieres curarte?* supone una pregunta por nuestra voluntad, por nuestra capacidad de querer de verdad. Esto es hermoso: que seamos solicitados, en lo más íntimo de nosotros mismos, de nuestra responsabilidad, de nuestra libertad.

No hay imposición a la libertad del hombre. Jesús formula una pregunta. La grandeza del hombre, que ha sido creado libre es que incluso puede decir “no” a Dios. Podemos rehusar ser curados. Por eso es preciso que demos nuestro “sí” a nuestro verdadero deseo, y que lo hagamos libre y voluntariamente. Sólo cuando nuestro deseo ha sido confirmado por el sí expreso de nuestra voluntad, la gracia viene a nosotros en forma de curación y liberación salvadora. Sólo entonces suenan las palabras firmes de Jesús: *“Levántate y anda”*.

4.2. El “sacerdote” acompaña en el camino a la casa del Padre

“Volveré junto a mi padre”. He aquí la decisión que toma el hijo pequeño de la parábola evangélica cuando cae en la cuenta del angustioso callejón sin salida al que su deseo de independencia y su vida licenciosa le han conducido. Se levanta y se pone en camino. Vuelve a casa.

Lo mismo nos sucede a nosotros: cuando en la aflicción, reconocemos nuestras resistencias y deficiencias, nuestro pecado, surge en nosotros el deseo de hacer un gesto, de pronunciar una palabra de reconciliación con el otro o con Dios. Éste es el fundamento, ciertamente simple, del sacramento:

³¹ Ibid., 4-5

encontrar un lugar, un gesto, una palabra que nos haga acceder concretamente, por medio de lo visible, a la reconciliación ofrecida por Dios.

Un gesto que se hace sacramento: curar las heridas, perdonar los pecados

El sacramento de la reconciliación es, ante todo, el sacramento del perdón de Dios: antes que toma de conciencia de nuestro pecado o confesión de nuestras faltas y antes que cualquier otra iniciativa que nosotros podamos emprender.

El sacramento es a la vez gesto de Dios y gesto del hombre. Mediante este gesto concreto, se actualiza la reconciliación realizada en Jesucristo. Cuando estamos confesando -declarando al confesor- nuestras faltas, nuestros pecados, estamos ante todo confesando -proclamando confiadamente- la misericordia de Dios que perdona al pecador.

Sacramento que “cura las heridas”

La confesión produce un sentimiento de profunda liberación interior porque nos pone en “nuestro sitio”. Habíamos sido alcanzados por la mentira. Habíamos olvidado que no somos Dios y que los hombres son nuestros hermanos. Y ello ha producido actos que han herido y deteriorado la relación Dios y con los demás. Cuando lo reconocemos y lo confesamos, realizamos un acto de libertad responsable que nos devuelve a nuestra verdad esencial.

Es verdad que el reconocimiento de nuestras culpas nos hace sufrir, produce dolor, pero el efecto es la paz y el gozo, ya que hemos quitado las tinieblas de la confusión y resplandece de nuevo la verdad. Hemos sido devueltos a la relación inicial: somos hijos de Dios y hermanos. Nuestras heridas son curadas.

Sacramento que perdona los pecados

El perdón de Dios nos viene en forma humana, por la mediación de un hombre -el sacerdote-, por la mediación del hermano. La tradición católica insiste en esta dimensión corporal. Por Jesús, hemos sabido que el ser humano es camino hacia Dios; que nuestra relación con Dios tiene un cuerpo, el de nuestros hermanos. La fe es gesto y palabra, es relación. Toma cuerpo en lo humano, en la Iglesia.

El sacerdote no es Cristo. Su misión es significar, simbolizar que toda reconciliación, todo perdón, nos viene de Dios Padre por su Hijo Jesucristo. Y a la vez acompañar la inserción de nuevo en la comunidad que arroja el "re-encuentro". Toda reconciliación es siempre una vuelta a casa, a la casa paterna y al hogar de los hermanos.

La reconciliación pasa por la confesión, por la palabra: "*Iré y le diré...*" reflexiona en alto el hijo pródigo. Es quizá lo más difícil, pero también lo más auténticamente humano, lo más necesario y lo más liberador. Para el ser humano, nada existe verdaderamente mientras no se exprese en palabras. Cuando decimos algo, es cuando ese algo acontece realmente para nosotros. Hasta entonces estamos aún en germen, en proceso de gestación. La palabra es ya fruto maduro. Y no nos referimos a un discurso bellamente construido. La palabra es patrimonio de todos, incluso de los menos sabios o más tímidos. Basta recordar el discurso elocuente del fariseo frente el monocorde discurso del publicano. Éste sólo pronunciaba la palabra hecha gesto de "darse golpes de pecho" repitiendo como una jaculatoria: "*Dios mío, ten compasión de este pobre pecador*" (Cf. Lc 18, 10-14). O el gesto expresivo de la Magdalena, enjugando con su cabello las lagrimas de arrepentimiento a los pies del Maestro (Lc 7,36-48). San Agustín nos dejó este bello texto, cargado de dramatismo: "¡Ay de mí, Señor! ¡Ten compasión de mí! Contienen también mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé a quién se ha de inclinar el triunfo. ¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! Yo no te oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo soy miserable... Pero toda mi esperanza estriba sólo en tu muy grande misericordia".³²

La palabra se convierte en gesto necesario para que el misterio se haga visible en nosotros: "*Yo te perdono tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*", dice el sacerdote. También en este momento es necesario esta palabra, que se nos dice en nombre de Dios, y que sella con el perdón ese dialogo abierto en la reconciliación. Es una palabra que nos recrea y rehabilita. Una palabra que "nos dice sacramentalmente" el mismo Dios.

Acogidos en la "comunidad vivificante de la Trinidad"

En la historia de la Iglesia, la penitencia ha sido vivida en una gran variedad de formas, comunitarias e individuales, que sin embargo han mantenido todas la estructura fundamental del encuentro personal entre el pecador arrepentido y el Dios vivo, a través de la mediación del ministerio del obispo o del sacerdote. A través de las palabras de la absolución, pronunciadas por un hombre pecador que, sin embargo, ha sido elegido y consagrado para el ministerio, es Cristo mismo el que acoge al pecador arrepentido y le reconcilia con el Padre y en el don del Espíritu Santo le renueva como miembro vivo de la Iglesia.

Reconciliados con Dios, somos acogidos en la "comunidad vivificante de la Trinidad"³³ y recibimos en nosotros la vida nueva de la gracia, el amor que sólo Dios puede infundir en nuestros corazones: el sacramento del perdón

³² S. AGUSTIN, *Libro de las Confesiones*, X, 37-29

³³ Cf. *Ibid.*, 6-9. En este apartado, resumimos con las mismas palabras del autor.

renueva, así, nuestra relación con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, en cuyo nombre se nos da la absolución de las culpas. El encuentro de la reconciliación culmina en una fiesta, que se nos ofrece en la Eucaristía.

En relación a Dios Padre, la penitencia se presenta como una «vuelta a casa» (éste es propiamente el sentido de la palabra «teshuvá», que el hebreo usa para decir «conversión»). Mediante la toma de conciencia de tus culpas, te das cuenta de estar en el exilio, lejano de la patria del amor: adviertes malestar, dolor, porque comprendes que la culpa es una ruptura de la alianza con el Señor, un rechazo de su amor, es «amor no amado», y por ello es también fuente de alienación, porque el pecado nos desarraiga de nuestra verdadera morada, el corazón del Padre. Es entonces cuando hace falta recordar la casa en la que nos esperan: sin esta memoria del amor no podríamos nunca tener la confianza y la esperanza necesarias para tomar la decisión de volver a Dios. Él nos estaba esperando (Lc 15,20). Él nos restituye a la dignidad de hijos.

En relación al Hijo, el sacramento de la reconciliación nos ofrece la alegría del encuentro con Él, *el Señor crucificado y resucitado...* “A través del camino doloroso de la cruz, los hombres de todas las épocas, reconciliados y redimidos por la sangre de Cristo, se han convertido en amigos de Dios, hijos del Padre celestial. **‘Amigo’**, así llama Jesús a Judas y le dirige el último y dramático llamamiento a la conversión. Amigo, llama a cada uno de nosotros, porque es auténtico amigo de todos nosotros. Por desgracia, no siempre logramos percibir la profundidad de este amor sin fronteras que Dios nos tiene. Para Él no hay diferencia de raza y cultura. Jesucristo murió para liberar a la antigua humanidad de la ignorancia de Dios, del círculo de odio y violencia, de la esclavitud del pecado. La Cruz nos hace hermanos y hermanas”³⁴. La fuerza de su resurrección nos alcanza y transforma. Toda nuestra existencia de pecadores, unida a Cristo crucificado y resucitado, se ofrece a la misericordia de Dios para ser curada de la angustia, liberada del peso de la culpa, confirmada en su Amor victorioso.

Gracias al don del Espíritu que infunde en nosotros el amor de Dios (Cf. Romanos 5,5), el sacramento de la reconciliación es *fuerza de vida nueva*, comunión renovada con Dios y con la Iglesia, de la que precisamente el Espíritu es el alma y la fuerza de cohesión. El Espíritu empuja al pecador perdonado a expresar en la vida la paz recibida. El Espíritu, además, nos ayuda a madurar el firme propósito de vivir un camino de conversión hecho de empeños concretos de caridad y de oración.

Nosotros sacerdotes, ministros del perdón, debemos estar siempre prontos a anunciar a todos la misericordia y a dar a quien nos lo pide el perdón que necesita. Para aquella persona, ¡podría tratarse de la hora de Dios en su vida!

34 BENEDICTO XVI, *Palabras al final del Vía Crucis en el Coliseo* (21 de marzo de 2008)

Una última parábola: “La casa habitada”.

El perdón nos restituye a la “dignidad de hijos”. Soy un hijo al que Dios ha restituido su dignidad y su derecho a vivir con El.

Pero la fuerza del pecado sigue atenta y nos acecha con sutileza. Ya Jesús nos avisa con frecuencia en el Evangelio y nos muestra a un Satanás ingenioso, tentador y conocedor en profundidad de la debilidad humana. De ahí que todo corazón convertido necesita también una estrategia para luchar con el mal y el pecado. Popularmente es lo que hemos llamado “**y cumplir la penitencia**”. Nuestros propósitos de mejoría.

Con frecuencia cuando nos hemos reconciliado con Dios, hemos hecho tal esfuerzo de respuesta a la gracia divina que una vez besados por Dios en su perdón, nos creemos “protagonistas principales de este gesto”, confiados en que es mi esfuerzo el que lo ha conseguido. Olvidamos que todo es fruto de la gracia: el gesto primero y primordial es el Padre que sale al encuentro.

Por ello, en nuestros propósitos de enmienda, en la penitencia que se nos impone o que nos imponemos, debemos de dar una cabida primordial a la gracia, a la presencia de Dios: “amor con amor se paga”., dice nuestro pueblo. No podemos caer en un “voluntarismo ascético”, dependiente sólo de mi.

Nos puede ayudar a comprender esta reflexión una lectura de un pasaje del Evangelio donde Jesús hace una consideración sobre el poder de Satanás y las fuerzas del pecado. Así lo narra Lc. 11, 21-26: *“Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero si viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita las armas en que confiaba y reparte sus despojos. El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por lugares desiertos buscando descanso y, al no encontrarlo, se dice: *volveré a mi casa de donde salí+. Al llegar, la encuentra **barrida y en orden**. Entonces va y toma consigo otros siete demonios peores que él, entran y se instalan allí, de modo que la situación final de este hombre es peor que la del principio”.*

Este final, es quizás algo difícil de entender. Nos puede ayudar un texto paralelo de Mateo (12,44). Este evangelista describe la situación de la casa con un adjetivo más: la casa estaba “**desocupada, barrida y en orden**”.

La clave de comprensión puede estar en este tercer adjetivo: la casa estaba “desocupada”. De nada sirve hacer un barrido de pecados, dejar mi alma blanca, si no la habito con Dios. Una casa, un corazón bien dispuesto, arreglado y adornado, es apetitoso para el mismo demonio... Sólo le impide la entrada si en él habita Dios.

Habitar en la casa del Padre es “dejarme habitar por Dios”. Mi corazón, mi vida interior, mi vida toda, se convierte en la “casa donde habito

con Dios” y recibo cada día el beso de acogida y el diálogo reparador al final de la jornada.

Cuando el estratega Satanás llama a la puerta de mi vida y escucha una voz calida arropada en el amor del Padre, huye. Si la lucha se entabla entre Satanás y yo, sus "armas son más poderosas" y me vence; pero si el combate se declara entre Satanás y el poder de Dios que habita en mi, entonces el demonio huye. Donde Dios habita no tiene cabida "ni el demonio, ni sus pompas, ni sus obras".

Conclusión

Pastores según su corazón

Recordemos la recomendación final de *Pastores dabo vobis*:

*“La promesa de Dios asegura a la Iglesia no unos pastores cualesquiera, sino unos pastores según su corazón. El corazón de Dios se ha revelado plenamente a nosotros en el Corazón de Cristo buen Pastor. Y el Corazón de Cristo sigue hoy teniendo compasión de las muchedumbres y dándoles el pan de la verdad, del amor y de la vida (Cf. Mc 6,30s), y desea palpar en otros corazones –los de los sacerdotes-; Dadles vosotros de comer (Mc 6,37). La gente necesita salir del anonimato y del miedo; ser conocida y llamada por su nombre; caminar segura por los caminos de la vida; ser encontrada si se pierde; ser amada; recibir la salvación como don supremo del amor de Dios; precisamente esto es lo que hace Jesús, el buen Pastor; Él y sus presbíteros con Él”.*³⁵

Son consoladoras las palabras pronunciadas por Benedicto XVI en la homilía de la Vigilia de Pascua: *“Jesús aparece como el nuevo y definitivo Pastor que lleva a cabo lo que Moisés hizo: nos saca de las aguas letales del mar, de las aguas de la muerte... En el Bautismo nos toma de la mano, nos conduce por el camino que atraviesa el Mar Rojo de este tiempo y nos introduce en la vida eterna, en aquella verdadera y justa. ¡Apretemos su mano! Pase lo que pase, ¡no soltemos su mano! De este modo caminamos sobre la senda que conduce a la vida”.*³⁶

Alfonso Crespo Hidalgo

Jornadas Nacionales de Vicarios y Delegados para el Clero 2008

35 JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 82

36 BENEDICTO XVI, *Homilía en la Vigilia de la noche de Pascua* (23 de marzo de 2008)